MVRGETANA. ISSN: 0213-0939. Número 130, Año LXV, 2014. Págs. 205-216.

PREGÓN DE FERIA

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Resumen:

Pregón de la Feria de Murcia 2013, leído por Francisco Javier Díez de Revenga, el día 6 de septiembre de 2013, en el Salón de Plenos de la Casa Consistorial de la Ciudad de Murcia.

Palabras claves:

Murcia, feria de septiembre, Virgen de la Fuensanta, poesía de tipo tradicional, fiestas, toros, Alfonso X el Sabio, Ernest Hemingway, Alcaldes de Murcia.

Abstract:

The proclamation speech of the Murcia Festivals 2013, delivered Francisco Javier Díez de Revenga, on the 6th of September 2013, in the Plenary Hall of the City Council of Murcia.

Key words:

Murcia, September Festival, Our Lady of Fuensanta, popular poetry, fiestas, bullfights, Alfonso X el Sabio, Ernest Hemingway, Murcia Mayors.

Sr. Alcalde de Murcia, Delegado del Gobierno, Corporación Municipal, Vicerrectora de Coordinación y Comunicación de la Universidad de Murcia, Presidente del Consejo Escolar de la Región de Murcia, Director de la Real Academia Alfonso X el Sabio, Autoridades civiles y militares, Familiares, Queridos amigos y amigas:

«Lo importante es que Murcia me gusta. Ciudad clara, de colores claros y calientes, de piedras tostadas…» «Murcia tiene elementos de Naturaleza y elementos de Historia urbana que le dan un encanto exótico y muy visible: la dulzura del clima, la claridad en el aire, y en los muros, iglesias y torres, muchas, y caserones antiguos, muchos escudos, con tonos calientes, sepias, ocres, canelas y la gama indefinida del rosa, del rosa al amarillo, en esos mismos colores, según la horas… Plazas con encanto becqueriano, apacibles, silenciosas… Grandes paredes con ladrillos soleados que dan a la ciudad una gran unidad pictórica. Hay palmeras, magnolios, grandes árboles. Hay jardincillos. Hay un Malecón estupendo. Y el campo inmediato y los montes grises y abruptos muy cerca. Y en medio la torre de la Catedral –que ahora estoy viendo– ornada, graciosa, entre la ligereza y la robustez, y de un color admirable. Y tartanitas, aldeanos. Y cafés, casinos. Y la gente afable y acogedora…». Así lo escribe Jorge Guillén a su mujer, recién llegado a Murcia, en los primeros días de un luminoso febrero de 1926.

Debo, Sr. Alcalde, en primer lugar, manifestar mi gratitud por su generosidad al pensar en mí para pronunciar el Pregón de la Feria de Murcia, este año de 2013. Si me siento a gusto por el encargo es porque sucedo en este cometido a mi maestro y amigo Gonzalo Sobejano, catedrático de la Universidad de Columbia en Nueva York, que hace un año realizó un pregón antológico.

Yo, con seguridad, no voy a lograr tanto, pero sí me gustaría ocuparme de unos pocos asuntos que sirvan para invitarles a vivir y gozar de la Fiesta de Murcia que ahora comienza, teniendo en cuenta que de pequeño me enseñaron en casa que yo sólo debía hablar de aquello de lo que no soy un ignorante total, es decir de aquello de lo que supiera.

Carpe diem

Suelen lo pregoneros de las fiestas volver la mirada hacia la propia infancia para recordar aquello que en la memoria permanece de manera indeleble: la feria, con sus atracciones, caballitos, el carrusel y el látigo, e incluso la noria a la que nunca se me permitió subir, ni tampoco me interesó demasiado; los coches de choque, las tómbolas, con las muñecas peponas, el azúcar algodonado, el tiro al blanco, los castillos de fuegos artificiales, la venida de la Virgen, la romería del último martes de la feria, los toros, a los que, si no podíamos acudir, por lo menos no nos

perdíamos el desencajonamiento… todo el día en la calle, y Murcia viviendo la fiesta con propios y extraños.

Y, por qué no, callejeando, ver la feria de ganado, y sufrir con las tormentas de septiembre, y ver a los feriantes salvar lo que se podía en la feria del Parque de Ruiz Hidalgo… lejanos recuerdos que permanecen en la memoria de una feria tan diferente de la de ahora, cuando grandes festejos la completan extraordinariamente, como la fiesta de Moros y Cristianos, que yo conocía de cerca en mis años alicantinos de joven profesor de veintidós años, en Elda, en Petrel, en Sax, en Alcoy, aún antes de que llegaran a Murcia… Y además, los festejos taurinos, las atracciones, los conciertos, los Huertos del Malecón … Cumplido con el ritual de la nostalgia, me ocupo de algunos asuntos y de algunas personas que me interesan más.

Suum quique

A cada uno, lo suyo. Y el primero ha de ser Alfonso X el Sabio, rey de Castilla y de León, y de Murcia, de Jaén y del Algarbe, como se lee en sus documentos. Alfonso ha sido para mí, con su majestad, guía y modelo inseparable de mi propia historia: en el Instituto Nacional de Enseñanza Media Alfonso X el Sabio estudié; en el Alfonso trabajé el primero de mis cuarenta y cinco años de servicio como profesor; con un tema sobre Alfonso X gané mis primeras oposiciones a los veintidós años; la Academia Alfonso X el Sabio me acogió en su docto seno a los veintiocho; tuve la fortuna de estudiar su cantiga 169, la de Santa María de la Arrixaca, que tradujo del gallego mi profesor Andrés Sobejano y que rehizo poéticamente Gerardo Diego, otro de mis maestros; y por fin edité sus *Obras* en un tomito que ha sido varias veces reeditado.

Alfonso, como lo suelo llamar en mis estudios, creó la Feria de Murcia, al otorgarle a la ciudad el privilegio de celebrar una feria anual que durase hasta quince días. Lo hizo, en el año catorce de su reinado, con fecha 18 de mayo de 1266, y al día siguiente, 19 del mismo mes, le otorga el privilegio de hacer mercados cada jueves. Murcia fue leal a Alfonso sin duda por tantas cosas como le otorgó y su corazón reposa en nuestra Santa Iglesia Catedral. A Murcia y a su concejo concedió muchos privilegios, el escudo, la primera universidad en forma de Studium generale o Estudio General o Facultad de Lenguas Orientales, también en 1266.

Ubi sunt

Nos hallamos ahora mismo en el salón de Plenos de este Ayuntamiento de Murcia, y no quiero dejar de evocar para pedir su ayuda e inspiración a aquellos murcianos que nos precedieron en esta particular especie de emotivo *ubi sunt qui ante nos in mundo fuere*, (dónde paran aquellos que nos precedieron en el mundo):

los alcaldes de Murcia de mi familia que rigieron los destinos de esta ciudad desde aquí mismo, desde el lejano Antonio Fontes Abad, mi quinto abuelo, que fue Alcalde de Murcia en julio y agosto de 1823, y que hubo de dejar pronto la alcaldía, y por su fama de liberal, que una copla popular recuerda:

Antonio Fontes Abad
Quien a ninguno hizo mal
Quien ama la Religión
Según la Constitución
Es el mejor liberal.

Desde mi tío tatarabuelo, Pedro Pagán Ayuso, alcalde en 1874, cuya esposa, Leonor Guerra, era dama muy espiritual y mantenedora de una tertulia literaria que promocionó la revista *El Álbum*, en el que publicaron jóvenes escritores de incipiente trayectoria en ese momento, como Ricardo Sánchez Madrigal, Virgilio Guirao, Ricardo Gil, Antonio García Alix o José Martínez Tornel. Mejor alcalde fue su hermano Julián Pagán Ayuso, mi tatarabuelo, alcalde durante 12 años, entre 1887 y 1899, casado con Leonor Pellicer Albaladejo, la hija del médico murciano de la corte de Isabel II, Tomás Pellicer Frutos. Ambos murieron en 1902.

Otro de mis tatarabuelos, Antonio Fontes Contreras, marqués de Ordoño, fue alcalde entre 1875 y 1877, y le correspondió proclamar en Murcia la Restauración de la monarquía en la figura del rey Alfonso XII, el 22 de enero de 1875.

Y ya en el siglo XX, mi abuelo Emilio Díez de Revenga Vicente fue alcalde de Murcia en 1909, a los 34 años, y mi tío abuelo Luis Fontes Pagán, marqués de Ordoño, lo fue dos veces, entre 1928 y 1930 y, ya en la República, entre 1935 y febrero de 1936. Fue destituido, condenado a muerte por el Tribunal Popular de Murcia y fusilado el 15 de diciembre de 1936.

Está claro que mi familia ha prestado a esta ciudad importantes servicios en este Salón de Plenos, en el que también colaboró como Primer Teniente Alcalde de la ciudad, mi padre, Emilio Díez de Revenga Rodríguez, a partir de 1950. Y no quiero dejar de mencionar a mi tío Juan Torres Fontes, archivero municipal, cronista oficial, que fue Medalla de Oro de la Ciudad y recogió, en ocasión como esta, el título de Hijo Predilecto tan solo hace tres años.

Los romanos veneraban a los dioses manes, que eran los dioses familiares y domésticos, los espíritus de los antepasados, que oficiaban de protectores de la vida doméstica y familiar. Quiero pensar que los míos, mis manes, murcianos de otro tiempo, me acompañan en este momento de pronunciar este Pregón de la Feria de Murcia.

Beatus ille

Feliz aquel que de pleitos alejado se relaja en la vida del campo. Creo que una de las cosas más importantes que tiene la feria de Murcia es la fiesta de los toros. El campo viene a la ciudad y desde la plácida dehesa los toros vienen a nuestra espléndida plaza a ser sacrificados. Hace unos días leí unos ensayos de Rosa Chacel, que se han dado a conocer ahora. Uno de ellos estaba dedicado a la fiesta de los toros, *Los Toros (hoy, ayer, mañana)*, escrito para la revista taurina *Quites*, en cuyas páginas se esfuerza doña Rosa por exaltar la significación artística del toreo desde una más que evidente y lógica distancia hacia el espectáculo, con el que no acaba de estar muy conforme. Incluso asegura haber visto tan solo una corrida de toros en su vida.

No es este mi caso, aunque no soy ni un aficionado ni un entendido. Cuando alguien me ha preguntado si yo era o no partidario de la fiesta de los toros, siempre he contestado lo mismo: sin los toros, habría que arrancar de la historia de la literatura española un buen número de páginas, desde el Siglo de Oro a nuestros días. Desde la fiestas de toros y cañas, con Lope de Vega al frente, pasando por don Nicolás Fernández de Moratín y su fiesta de toros dieciochesca en Madrid, hasta llegar al pasado siglo XX. Sin los toros, habría que suprimir parte de la obra de Federico García Lorca, de Gerardo Diego, de Rafael Alberti o de nuestro casi paisano Miguel Hernández, hijo adoptivo de la ciudad de Murcia desde 2010. Sin los toros, no hubiera existido Ignacio Sánchez Mejías, que promocionó en su día el nacimiento de la generación del 27 y que inspiró, en forma de *Llanto*, la más hermosa elegía de toda la poesía del siglo XX.

En todo caso, mi memoria de los toros está vinculada a mi infancia y primera juventud y a la Feria de Murcia naturalmente, cuando Antonio Ordóñez venía a triunfar a nuestra plaza. Uno de mis recuerdos más imborrables de aquellos años fue el poder ver en persona, cuando yo tenía doce o trece años, al gran escritor norteamericano, Premio Nobel de Literatura en 1954, Ernesto Hemingway, por las calles de Murcia, no muy lejos del Hotel Victoria. Yo, que ya había leído *El viejo y el mar* y *Adiós a las armas*, quedé seducido por su imponente figura. No era muy habitual ver a un Premio Nobel de Literatura con una vestimenta casi de explorador circular por estos pagos.

De mayor, tuve la santa paciencia de documentar la fecha de aquel encuentro: fue el miércoles 9 de septiembre de 1959, cuando, en efecto, don Ernesto, como se le conocía en los ambientes taurinos, había venido a Murcia a ver las corridas del día 8 y del día 9 en plena Feria de Septiembre acompañando a su admirado Antonio Ordóñez. Sorprendía a los periodistas –el mítico José Antonio Ganga en *La Verdad* y el jovencísimo Ismael Galiana en *Línea*– el atuendo impropio de un Premio Nobel, el mismo que a mí también me había llamado la atención: barba apostólica,

elevada estatura, fornido, camisa marrón, pantalón oscuro, gorra a cuadros, chaleco de cuero sin mangas. El viaje a España de Hemingway en 1959 sería uno de los últimos que hizo, ya que el 2 de julio de 1961, en Ketchum, Idaho, un suicidio acabaría con la vida transhumante de aquel escritor viajero que un día vino a la Feria de Murcia a ver los toros.

Collige, virgo, rosas…

Toma, virgen, las rosas, mientras la flor está lozana y la juventud fresca … cantaba el poeta latino del siglo IV Ausonio en una pagana anacreóntica; pero sus palabras nos sirven para introducir la que va a ser la última parte de este pregón dedicada como no podía ser de otra forma a la Santísima Virgen de la Fuensanta. Quiero volver en esta ocasión también a lejanos recuerdos infantiles y evocar los actos del 25 aniversario de la coronación canónica de la Virgen de la Fuensanta que tuvieron lugar en el puente de los Peligros en abril de 1952. Acontecimiento familiar inolvidable, ya que tanto mi padre, primer teniente de alcalde, como mi madre, María Josefa Torres Fontes, secretaria de la Corte de la Fuensanta desde 1923 hasta 1980 y presidenta de la misma desde ese año hasta su muerte en 1996, estaban directamente implicados en la conmemoración. Se repetía la ceremonia que en 1927 había protagonizado el enviado de la Santa Sede monseñor Tedeschini.

La Virgen de la Fuensanta, patrona de Murcia, cuenta con dilatada historia muy documentada a través de los tres últimos siglos, ya que la imagen, la devoción suscitada por esa imagen, la primitiva ermita y el Santuario actual han sido objeto de numerosos estudios, firmados por escritores de sólido prestigio en la historia de Murcia, desde José Martínez Tornel a Andrés Baquero, desde Nicolás Ortega Pagán a José Ballester, para cerrar esta larga relación ya en nuestro siglo con la aportación recopiladora de tantos saberes por Antonio Pérez Crespo, cronista oficial de la Región de Murcia, hijo predilecto de la Ciudad de Murcia.

Una de las personalidades que más contribuyó al fomento de la devoción hacia la Virgen de la Fuensanta en el siglo XIX fue el periodista y poeta José Martínez Tornel, quien a través de su periódico *El Diario de Murcia* reunió colaboraciones literarias, en extraordinarios, que coincidían con la festividad de la Virgen en Septiembre y con la romería. La figura de Martínez Tornel, en este sentido, es la del verdadero pionero en el tratamiento de la Virgen desde el punto de vista poético y literario, y sus romances, aparecidos año tras año en el periódico con motivo de la festividad de la Patrona, eran habituales en su columna cotidiana, titulada «Lo del día». Algunos de estos textos pasaron a libros, como lo hace en su libro *Cantares murcianos*, de 1892, en donde ya recoge esta expresiva canción, cuya primera copla dice:

Comienzo en nombre de Dios
y de la Virgen María,
por ser la primera copla
que he cantado este día.

Y en la segunda de las canciones ya aparece la Virgen de la Fuensanta, en un curioso y pintoresco diálogo con la otra Virgen del Monte, la de la Luz:

La Virgen de la Fuensanta
le dice a la de la Luz:
¡qué afligido va tu hijo
con el peso de la cruz!

Más adelante recopila otra estrofilla popular que hace referencia a las temidas riadas; a la Virgen se le implora en su papel teológico de mediadora:

La Virgen de la Fuensanta
la que está en la Catedral
le está pidiendo a su hijo
que nos libre de este mal.

Por último, en las recopiladas por Martínez Tornel, la que figura en último lugar también estará referida a la Fuensanta, otra vez en diálogo, esta vez con la Virgen de los Peligros, cuando la Patrona pasa junto a ella por el puente en la romería:

La Virgen de la Fuensanta
cuando pasa por el Puente,
le dice a la Peligrosa
si te quieres venir vente.

Alberto Sevilla, por su parte, recoge un buen número de canciones del mayor sabor popular, en los que descubrimos a los devotos poniendo a dialogar a la Virgen con otras advocaciones. Una bella canción abre la colección:

Virgen de la Fuensanta,
    divina Aurora,
dame una clavellina
    de tu corona;
    ya me la has dado,
¡Virgen de la Fuensanta
    guárdame un lado!

Con un cierto tono amoroso, pensando en la amada, pero también en la Virgen, esta seguidilla refleja perfectamente su procedencia tradicional:

Adoro lo moreno
porque me encanta
que morena es la Virgen
de la Fuensanta.

Y ahora una serie de canciones, típicas del repertorio, en las que se produce el popularísimo enfrentamiento con otras advocaciones supuestamente para el pueblo más afamadas, cosa que nuestro popular poeta trata en todos los casos de desmentir:

La Virgen de la Fuensanta
le ha encargado a la del Carmen,
que, hogaño, en cuanto a la sea,
que no se la pierda naide.

Dicen que la Pilarica
es la gloria de Aragón;
yo llevo a la Fuensantica
metida en el corazón.

Dicen los aragoneses:
–Yo tengo una Pilarica.
Y los de Murcia decimos:
–Yo tengo una Fuensantica.

La Virgen de la Fuensanta
le dijo a la del Pilar:
–Si en tu casa hay terremotos,
en la mía no han de dar.

Morena es la Virgen de Elche,
morena la del Pilar,
y morena con gracia
la que hay en la Catedral.

Nuestros Auroros, cantan también a la Fuensanta, en una conocida salve del siglo XIX o en estas «Coplas de Aurora», recogidas por Alberto Sevilla:

Eres, Virgen de la Fuente santa
que a las almas dejas
con tal claridad,
que merecen entrar con tu ayuda

al puerto seguro
de la Eternidad.

Algunas otras de estas coplas populares tienen que ver con la protección de la Virgen ante las enfermedades, con la propia imagen o con la deseada fidelidad y compañía, siempre protectora de la Patrona:

La Virgen de la Fuensanta
tienes, devoto, a tu puerta;
asómate y la verás
pintada en la pandereta.

Yo me voy a la Fuensanta
a cumplir una promesa,
que a nuestra Virgen le debo
la cura de mis dolencias.

Virgen de la Fuensanta
no me abandones,
que estando tú a mi lado
nadie me tose.

Naturalmente, en el marco de la lírica más tradicional, surgen los poemas de alborozo y alegría presididos por los populares «¡Vivas!», que son compartidos por otras devociones muy arraigadas en Murcia y hasta por el propio obispo, como en la canción en que aparece don Mariano Barrio, que fue obispo de la diócesis murciana, de la de Valencia y cardenal (1848-1861):

¡Viva San Antonio el Pobre
y la Virgen de la Luz,
la Virgen de la Fuensanta
y Nuestro Padre Jesús!

¡Viva don Mariano Barrio!
¡Viva Murcia y su comarca!
¡Viva nuestra patrona
la Virgen de la Fuensanta!

¡Viva Murcia y sus jardines,
el tocador y el que canta
y viva nuestra Patrona
la Virgen de la Fuensanta!

Las relaciones amorosas, que nutren un importante sector de la lírica de tipo tradicional, se verán envueltas también en las devociones, y en este caso en la devoción a la Virgen. Dos canciones, unidas, con sorpresa final incluida, son célebres en el terreno de las aspiraciones amorosas y el desengaño del galán despechado… al final premiado efectivamente por la Patrona, en esta divertida canción paralelística:

La Virgen de la Fuensanta
no quiso escuchar mis rezos,
no hiciste caso de mí
y te casaste con Pedro…

Y te casaste con Pedro,
y le saliste muy falsa
y bendita mil veces sea
la Virgen de la Fuensanta.

Y termino, Sr. Alcalde, con la otra canción, mucho más entrañable y sentimental, tiene una curiosa historia textual que investigó, al estudiarla en Vicente Medina, María Josefa Díez de Revenga, que señala que «por medio de un circunloquio, el mozo expresa su deseo de compartir su vida con la joven; la Virgen de la Fuensanta se identifica con la providencia divina o con la suerte». He aquí la versión que facilita Alberto Sevilla:

¡Cuándo querrá la Virgen
de la Fuensanta
que tu ropa y la mía
duerman en un arca!

Vicente Medina la recoge en sus *Aires murcianos*, en «La coplica muerta», con alguna variante:

¡Cuándo querrá la Virgen
de la Fuensanta
que tu ropa y la mía
tengan un arca!

Y Pedro Díaz Cassou incluye en su *Cancionero panocho* esta misma copla con variantes y más versos añadidos en forma de coda:

Cuando querrá la Virgen
de la Juensanta,
que tu ropa y la mía
vayan a un arca;

toma tomates,
tómalos de mi güerto
pa que los cates.

En 1902, Sr. Alcalde, este excelentísimo Ayuntamiento de Murcia nombró hijo adoptivo de la ciudad al poeta malagueño Salvador Rueda, que, en agradecimiento, escribió un libro de poemas titulado *El clavel murciano*. Uno de sus «pétalos» está dedicado a «La Virgen de la Fuensanta», que se centra más en la devoción absoluta de los murcianos a su patrona, evocada como consuelo y como refugio, como lo es para el poeta el Santuario de la Virgen, que se levanta en el monte cercano a la ciudad, en el entorno de un paisaje, entonces más que ahora, absolutamente privilegiado bajo un cielo inmaculado y acogedor, como lo es el propio manto de la patrona:

Virgen de la Fuensanta bienhechora,
por la que Murcia vive y se engrandece
renace de su penas y florece
y canta y ríe y se resigna y llora:

Yo también de tu sierra triunfadora
llamo al templo ideal que te guarece,
y mi entusiasta corazón te ofrece
el religioso amor con que te adora

Nuevo hijo tuyo en tu refugio lloro
y con las ansias de mi fe te imploro
que al manto tiendas tu murciano suelo.

También cobija mi amoroso canto;
¡todo cabe debajo de tu manto,
porque es la inmensa redondez del cielo!

Gaudeamus igitur…

Alegrémonos, pues, Sr. Alcalde, que la Feria ya está aquí. Disfrutemos y gocemos de la fiesta a la que yo, como Pregonero de 2013, os convoco, animo e invito.

Feliz Feria de Septiembre para todos.

Muchas gracias.